

Cine experimental

Título:

Crítica

Autor/es:

Serrano de Osma, Carlos

Citar como:

Serrano De Osma, C. (1946). Crítica. Cine experimental. (7):40-41.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42695>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



FilmoTeca
de Catalunya

C R I T I C A

POR

CARLOS SERRANO DE OSMA

EL CINE ESPAÑOL, VOCACION Y SERVICIO

Cuando todo el "cine" español sea entendido con la generosidad y vocación con que lo hacen Antonio Román y Enrique Gómez, respectivamente, en "Los últimos de Filipinas" y "Viento de siglos", estaremos en condiciones de obtener para nuestros mercados espirituales grandes y merecidos parabienes. Si todos los que hacen "cine" en España sintiesen el imperativo creador de Román y de Gómez, su angustia cinematográfica ante la pantalla, incubada durante años y más años de estudio y fervor; su inquietud frente a la técnica y las obras de los grandes maestros; su desvelo limpio, literario y filosófico por cuanto al "cine" se refiere; si todos cuantos hacen "cine" en España estuviesen dotados de un mínimo de la honradez fílmica de estos hombres entregados a su arte desde niños, con renuncia a todo, con olvido de todo cuanto no encierre un exacto sentido cinematográfico, el "cinema" español entraría en seguras rutas de superación y de optimismo.

Pero no sucede así. Y seguimos en marcha lenta por el camino de las vaciedades, hasta que el Estado, el productor, el público y el crítico, se percaten, de una vez para siempre, de que la única posibilidad cinematográfica española firme es la de total renovación profesional de los cuadros técnicos fracasados, imponiendo en su lugar aquellos elementos sanos, jóvenes y estudiosos que al "cine" quieren llegar por el camino de la inteligencia, del trabajo y de la vocación.

Esta es la primera provechosa lección de "Los últimos de Filipinas" y "Viento de siglos", las obras de dos profesionales de cuerpo entero, llenos de vigor artístico y deseos de perfeccionamiento.

"Los últimos de Filipinas" es ya, casi, para su autor una obra de ma-

durez. Un acrisolado sentido cinematográfico preside toda su realización. Una ponderación técnica —excesiva tal vez— marca la pauta de su desarrollo. Al contrario de otras obras de Román, el guión está excelentemente construido, y gana, secuencia tras secuencia, intensidad e intriga. Resolver satisfactoriamente, en poco menos de un par de decorados, casi sin trama, sin figuras femeninas, sólo contando con unos cuantos recursos heroicos de tipo dramático, es la más difícil de las tareas cinematográficas de todos los tiempos. Joe May, en "La última compañía"; Duvivier, en "La Bandera"; Ford, en "La patrulla perdida", y Hathaway, en "Tres lanceros", superior encontrar el camino del éxito en temas de análoga dificultad. Hoy Román, decidido y firme, sin fallos ni titubeos, aborda dignamente el tema de lo heroico y obtiene una película excelente, de ambiente —Burman— logrado y exacto, de interpretación —Armando y Juan Calvo, Muñoz, Nieto, Rey, Nani Fernández...—, de acuerdo con el contenido psicológico, y de fotografía —Guerner— atinada y resuelta.

Una sola objeción fundamental nos sugiere la proyección de "Los últimos de Filipinas". Si el "film" es de gran calidad, si todas las colaboraciones responden a la llamada directriz, ¿por qué huir de la audacia expresiva, omitiendo recursos vigorosos —grandes y primeros planos, contrastes lumínicos, ángulos personales—, restando, por tanto, dialéctica a la acción? ¿Por qué ese comedimiento técnico —casi todo el "film" está resuelto en "tres cuartos"— y esa mesura narrativa? Un "film" de gran estilo —este lo es— puede y debe ser resuelto en gran estilo. Sin temer a nada. Ni siquiera a los "ismos".

"Viento de siglos" es, por el contrario, una película de un gran des-

bordamiento. Un aluvión de pasiones encontradas, choques dramáticos y vigorosos contrastes, servido todo por una técnica, también, apasionada y violenta, es la característica esencia¹ de este "film" desigual, monótono a veces, obsesionante, doctrinal, lleno siempre de atisbos y sugeridor en todo momento de posibilidades.

Al contrario de Román en "Los últimos de Filipinas", Gómez ha desdeñado normas y preceptos, y ha realizado "cine" a su manera, intuitiva y personalísima, sin trabas ni cortapisas, fiel al concepto filosófico que lo inspira, huyendo de todo círculo vicioso y de todo encajillamiento. A la manera de Gance, Gómez baraja la grandilocuencia con la sobriedad expresiva, recordando también a Eric Von Stroheim en sus teorías de contrastes: lo abyecto y lo elevado, el cieno y el Cielo, el crimen y el arrepentimiento. "Viento de siglos" es el primer "film" de largo metraje de Enrique Gómez. Casi no necesitamos agregar más. Quien, en un primer "film", nos ofrece ese desinterés comercial, ese desdén por las mayorías, esa personalidad tan vigorosa y esa densidad dramática tan plena, está llamado a ocupar un puesto de responsabilidad rectora en las filas del profesionalismo. Sobre todo, si sigue rodeándose de colaboraciones como la de Manuel Berenguer, que mantiene y gradúa cada situación psicológica con un juego preciso de luces y sombras; de Filalicio Flaquer, diseñador de magníficos decorados, perfecta y dramáticamente ambientados; y de ese grupo de intérpretes, justos y entonados, que se llaman Rafael Calvo, Manuel Luna, José María Lado, Ana Mariscal, Marta Santaolalla, Guillermo Marín, Jesús Tordesillas y Carlos Agosti, a más de esa segura promesa¹ de ingenua exquisita que es Margarita Andrey.

DOS FRANCESES EN HOLLYWOOD

Duvivier y René Clair —ya es sabido— trabajan en Hollywood. Los grandes medios de la técnica moderna están a su alcance. ¿Es esto trascendente? Sí, lo es. Todo el viejo mito de la fabulosa ciudad de los sueños se desvanece cuando a ella llega un hombre de genio. Ayer fueron Chaplin, Murnau, Stroheim, Sternberg y otros los que infundieron estremecimientos vitales a los teñidos "panós" de los estudios californianos. Hoy son Duvivier y René Clair quienes desmontan el fácil tópico de la fantasía cara. Hollywood envuelve en la llama de sus noches luminosas a cuantos se aproximan a la Meca de la Ilusión, abrasando y convirtiendo en cenizas, las más de las veces, todos los impulsos creadores de aquéllos que desearon el goce de pura y limpia creación. Pero Duvivier y René Clair, saben resistir, sordos al halago sirenaico de las luces y los dólares, en el frente honesto del arte libre.

Así surgen, un día u otro, "Seis destinos" y "Sucedió mañana".

Duvivier sigue jugando con la vida. Enfrenta pasiones, localiza conflictos, urde vigorosas tramas de caliente sangre. Y surge plenamente el cine drama, saturado de vigor poético.

René Clair camina, una vez más, de la mano de la fantasía. Todo en él gira en torno de la imaginación que vuela. Evadirse del contorno: he aquí un lema. Huir. Como sea. Escuchar las llamadas de lo irreal, de lo que "no puede suceder".

Duvivier no rehuye lo circundante. Duvivier se nutre de lo circundante. A veces, es amargo, y, a veces, es irónico. Pero siempre es humano. Así, los "Seis destinos" de su frac embrujado tienen ese regusto de cosa vivida que los hace aprehensibles de todos cuantos viven. Triunfa Duvivier sobre las masas con sus temas difíciles, precisamente por lo que éstos tienen de afín con los acaeceres de cada día. El actor hasta la muerte; el amor-sugestión; el músico ignorado y revelado; el vagabundo que encuentra su camino, y esa colonia de negros, simple, como de primitivos pobladores, casi bíblica, KINGVIDORIANA, son asuntos que todos comprenden, porque a todos alcanzan en su pequeñez y en su grandeza.

René Clair hurta la carne a la vida para marchar a horcajadas del

ensueño. Las cosas, a través de la lente de su cámara, son sólo pura magia desbordada. Es la poesía de lo fantástico, la más difícil y la más peligrosa, la que pretende el realizador francés. Edgar Poe sabía mucho de esto. René Clair, ¿también? No es posible hoy afirmarlo. El nombre de René Clair va asociado, en nosotros, a los tejados de la ciudad de París, a las jivas arrabaleras, a las viviendas bohemias de Montmartre, al azar y a la fortuna jugando con la vida, a las cantantes de ópera emperifolladas y gruesas, a las bambalinas de papel, y a la imagen de Pola Illiery o Annabella regalándonos el encanto de su sonrisa. Es difícil representarnos al viejo René del brazo de Linda Darnell y Dick Powell en una cena de medianoche en el "Ambassador Hotel". Pero así es. El tiempo muda. Y René, fuera de su ambiente típico, es un realizador preciso, exacto, formidable, calculador e, instintivo, pero que no resiste el recuerdo de su pasado.

LA VUELTA DEL CINECLUB

El Círculo de Escritores Cinematográficos abre las puertas del Cineclub. Como antaño los "snob", los sanos aficionados, y ya una fracción del gran público, se agrupan frente a la pantalla del "cine" Colón dispuestos a presenciar la proyección de "films" raros, curiosos o interesantes, histórica o técnicamente.

Frente a algunas revisiones de auténtico interés —"El Chico", "Día de paga", "Rapto"—, ofrece el Cineclub otras —"Don Quijote", o algunos estrenos —"Tiempos pasados"—, ausentes totalmente de valores para una actualización o una primera presentación en una sala que, servida por los más prestigiosos intelectuales cinematográficos de Madrid, ha de tener la alta misión de elevar el tono general de sus sesiones de aquellos "films" que valor riguroso y único. No es de ley para el C. E. C. la presentación en sus sesiones de aquellos "films" que no han podido ser estrenados en el "cine" comercial por su carencia de calidades, como no lo es la proyección de cintas interesantes que han podido verse un mes antes en un "cine" popular.

Celebremos, sin embargo, la vuelta del Cineclub. El sabrá traer a nuestro regocijo aires fílmicos viejos y nuevos de todos los tiempos, y este será su mayor merecimiento.



"Los últimos de Filipinas".



"Viento de siglos".



"Seis destinos".



"Sucedió mañana".



"Rapto".